XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

La disputa por el sentido común virtual: expresiones del conflicto social en las redes.

Hermes Fernández.

Cita:

Hermes Fernández (2023). *La disputa por el sentido común virtual: expresiones del conflicto social en las redes. XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-025/553

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

Universidad de Buenos Aires

Facultad de Ciencias Sociales

Transición hacia una heterogeneidad de homogeneidades: ¿Cómo se estructura la sociedad sobre la que permea el fascismo en 2023?

Autor: Hermes Fernández

ÍNDICE

1. Introducción
2. ¿Por qué “fascismo”? Definiciones y usos: entre el *logos* y el *demos*
3. Transición hacia una heterogeneidad de homogeneidades
4. La militancia: caracterización y perspectivas
5. Conclusiones
6. Referencias

1. Introducción

El objetivo de este trabajo es desgranar cuál es el contexto en el que emerge el fascismo en el siglo XXI en Argentina. Tratando de entender el entramado de causalidades que habilitaron que permease en la sociedad y construir, desde el análisis de algunas posibles causas puntuales, un principio englobante: una ontología en la que se inscribe este proceso actual, la de la transición hacia una "heterogeneidad de homogeneidades". Para ello construiremos una serie de definiciones para consolidar un piso común teórico desde el cual: revisaremos definiciones de fascismo, en tanto usos y conceptos; diagnosticaremos una definitiva ruptura de la territorialidad social y su naturalización; y tomaremos estas herramientas para tratar de dilucidar un entendimiento preciso del momento particular que vive la militancia del amplio campo progresista en este contexto.

2. ¿Por qué "fascismo"? Definiciones y usos: entre el logos y el demos.

El ámbito académico de las ciencias sociales discute hace mucho tiempo definiciones de fascismo. Definiciones y no definición, en tanto se entiende consensuada una disputa de diferentes dimensiones o corrientes del concepto. El fascismo ha sido sujeto a un alto nivel de bastardización teórica que ha vuelto, en muchas ocasiones, inviable su uso para poder caracterizar precisamente a un fenómeno, siendo que depende siempre de un largo compendio de aclaraciones y delimitaciones, solamente útiles para el escrito en el que se esté trabajando, antes de si quiera pensar en poder emplearlo sin mucha ambigüedad.

Esta falta de consenso sobre un piso común de definiciones en el ámbito académico se ve reflejado, tal vez no por jerarquía sino por una relación en paralelo y retroalimentada, con el uso del "fascismo" en el común, exento de disciplinariedad científica; en el *demos*. Sin esa mediación lógica para justificar la definición del concepto, el fascismo, ya libre al juego de la maleabilidad y las apropiaciones con cierto rigor metodológico, no se ve más que agudizado en su total crisis de ambigüedad al entrar en el juego de la arena pública. Nuevamente aclarando, que esta separación en dos espacios no implica dos momentos, uno determinado sobre el otro y con un orden genésico establecido. Es una relación bilateral y activa entre ambas dimensiones, lo que no hace más que exponencializar (como en este caso) los "grises".

Primero, haremos un sondeo por tres definiciones estructurales útiles de “fascismo”[1] para luego entrar en la particularidad del uso que nos atañe:

- En tanto régimen de gobierno: corporativista y en crítica a las democracias liberales, partiendo de un modelo de conciliación y articulación de clases, a fines al gobierno u originadas por el aparato estatal y con un alto grado de intervencionismo de la economía.
- En tanto ideología: caracterizada por el monopolio de la representación por parte de un partido único de masas con proyecciones mesiánicas y culto personalista, un verticalismo autoritario; la exaltación de la comunidad nacional (con una narrativa mítica en sus orígenes) y exclusión de los no integrantes a dicho patrón identitario, que también amenazan su integridad. Repudio al individualismo liberal y un violento anticomunismo; pretensiones expansionistas; un aparato de propaganda centralizado y represivo de la oposición, entre otros.
- En tanto práctica social: el uso instrumental de la demonización de grupos minoritarios, de la agudización del odio de los sectores medios y bajos promoviendo su movilización, en tanto estrategia de los sectores concentrados del capital para desarmar la organización popular, característicamente en contextos donde la democracia liberal no logra resolver procesos de contradicción y crisis de la hegemonía política.

Como primer punto, cuando hablamos de estas definiciones estructurales, el lugar común sería tratar de ubicarlas con cierta jerarquía entre sí. La ciencia política hegemónica diría que fascismo es tal, en tanto la versión corporativista particular del mundo de entre guerras en Europa Central, y que de esa experiencia genésica brotaron especificidades, dimensiones, que construyen el paradigma del fascismo, pero que pueden ser apelables a otras experiencias comunes por un segundo orden. Entiéndase como ”fascismo puro” a la Italia y Alemania de Mussolini y Hitler, las cuales compartirían subsumidas a este tipo ideal, la definición ideológica y de práctica social. Así como, siguiendo con las reglas del juego, se podría hablar de un “fascismo estético”, y traspolar comparaciones de segundo orden con alguna experiencia hipotética en Kuala Lumpur donde se habrían usado uniformes símiles a las gabardinas de cuero negro de las SS.

Esto es problemático, no por la banalización de la herramienta comparativa, sino porque tiene una fisura ontológica previa. Y es que, lo que ordena la experiencia fascista es su definición en tanto práctica social, la cual es instrumentalizada, desplegada, en un

[1] Feierstein, D. (2019). Introducción. *La construcción del enano fascista.* Buenos Aires: Capital Intelectual.

abanico de escenarios espacio-temporales sobre lo cuales se contextualiza y adapta. Esta inversión permite: primero, reconstruir una genealogía del fascismo como práctica social, y segundo, y más importante, un entendimiento de la forma específica en que se "infiltra" en el tejido social en aquellos momentos que dicha sociedad posee altos niveles de "permeabilidad"; diremos aquí que es muy "porosa". El concepto de "porosidad" es central para entender por qué el vaciamiento del tejido social es un fenómeno estructural en la modernidad global actual, y no simplemente una caracterización de un momento de crisis o transición de un grupo social determinado.

Retomando la definición de fascismo, hay una especificidad que trato de incorporar, que tiene que ver con lo que denomino, a falta de mejor término, fascismo en tanto "praxis política". Esto tiene que ver con una instrumentalización del "rótulo" fascismo, y refiere al dispositivo comunicacional que se construye a la hora de enunciar y caracterizar un movimiento, grupo, partido o reacción social determinada como "fascista". Posee, por lo tanto, una materialidad muy concreta y, como todo dispositivo comunicacional, un emisor y un receptor. Es una categoría, no como mera descripción, sino en el uso activo de la misma; posee una causalidad y unas repercusiones concretas a la hora de "usarse". Apela a cualquiera de sus definiciones (estructurales o no), pero buscaremos fundamentar el rol clave que puede jugar en la coyuntura "entre-elecciones" de la Argentina de 2023 en la construcción de discursividades "útiles" para el amplio campo progresista, si se apela a su definición en tanto práctica social.

El valor que posee se puede entender, primero, observando las falencias actuales del progresismo en el presente de la vida social y política argentina. No por pereza metodológica, sino por no ser el foco de este trabajo, es que no me detendré a desarrollar una definición integral. Dejo al inclemente criterio de la ambigüedad llenar los grises entre ciertos puntos clave que comprenden a la generalización (injusta para con los actores emergentes innovadores, pero contrahegemónicos) del "progresismo": entiéndase entonces, todo movimiento no-reaccionario, en pos de la ampliación y mantenimiento de derechos, con defensa (en mayor o menor medida) de las clases subalternas, y con una historia de disputa (o al menos alianza en tensión) con los sectores concentrados del poder (político, económico, militar), circunstancial o permanentemente. A riesgo de reduccionismos, dentro de la oferta partidaria argentina actual, podemos entender como "progresismo" a todos aquellos habitantes del espectro comprendido por las fuerzas tradicionales de izquierda, con hegemonía del pacto troskista FIT-U; la heterogeneidad de fuerzas piqueteras, pro o anti cooperativistas que conforman su periferia; la creciente izquierda popular, enmarcada en el proceso de emergencia de los movimientos sociales post 2001, en un diálogo constante entre la tradición piquetera, el peronismo y la consolidación de un movimiento socialista

latinoamericanista, y que tuvieron de representantes en las últimas elecciones (en una gran unión, pero no totalidad) al Frente Patria Grande; al kirchnerismo, con toda la amalgama de colores y espacios en corte vertical y horizontal que ello comprende; pero también a formas independientes, autogestivas, en gran parte culturales, que a pesar de no tener un traslado directo en el panorama de representaciones del electoralismo, conforman cierto "qué-hacer" del *habitus* militante progresista transversalmente. También, cuando referimos a actores circunstanciales, podemos inscribir dentro de este proceso a organizaciones que hayan consolidado crónicamente un posicionamiento reaccionario, ya sea relativo al espacio de fuerzas en el que intervienen, o en la macro en que se inscriben, pero que en ciertos escenarios trasladaron a su base social con una praxis militante en una puja de consignas por conquistas de derechos o ampliación de la base de apoyo social por el Estado, y que también pertenecen, y en ocasiones cobran gran centralidad, al diagnóstico de este trabajo, como pueden ser ciertos agentes del radicalismo o estructuras administrativas reificadas de la burocracia estudiantil, universitaria o secundaria, encumbradamente militantes.

Estas falencias se pueden ordenar secuencialmente: hay, en primera instancia, una incapacidad para reconocer y diagnosticar el fenómeno emergente del fascismo como práctica social en nuestro país. En ocasiones, por la bastardización previamente mencionada del término; en otras, por la tardía centralidad en la discusión pública que tomó la evolución de las formas de violencia política moderna, que procesan y articulan lazos e intervenciones altamente hostiles, sin la necesidad de un aparato físico, o al menos no así en su génesis, siendo que sí pueden fertilizar el escenario para ello en instancias más "definitivas" o "maduras" del mismo proceso. En esto, las redes sociales como nueva arena de la discusión pública han jugado un rol clave[2]. Digo "arena" y no "dimensión", en tanto creo que hay una geografía de la virtualidad que define ambientalmente la manera en que los actores interactúan entre sí, y que habilita materialmente el desempeño de estas prácticas, sin el arbitrio y las restricciones (sociales) que le impone la "presencialidad".

Partiendo de un diagnóstico impreciso, siempre la forma de intervenir sobre el fenómeno va a ser errada. Emergen gigantes de entre las sombras mientras cabalgamos a combatir molinos de viento. Más adelante profundizaré en las razones detrás de ese incorrecto diagnóstico, ya que se inscribe en una ontología particular de la modernidad presente que se expresa como técnica en la monocausalidad explicativa.

---

[2] Sobre el concepto de asociación homofílica y el aislamiento en agendas heterogéneas: Calvo, E., Aruguete, N. (2020). 9. Relaciones entre los medios y los públicos en #Tarifazo. *Fake news, trolls y otros encantos.* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Retomando el correcto uso del fascismo en tanto praxis política, su utilidad se haya en que es una herramienta que permite captar y entender sistemáticamente una manera de operar de ciertos actores en la arena política, facilitando su identificación (y la de sus prácticas). Y en tanto es un dispositivo comunicacional, interviene activamente partiendo de una determinación acusativa a dichos actores, que los obliga a tomar posiciones relativas bajo el rigor del marco que dispone dicha acusación; tendiendo la antagonización (alterización) a un nuevo piso conceptual más "cómodo" para su confrontación.

Esto posee un riesgo muy alto en las instancias en las cuales la conducción del movimiento fascista de turno logre consolidar hegemonía (como es el presente que estamos analizando) ya que los perjuicios de la construcción de otredad, característica de la narrativa de justificación en los sistemas de aniquilación, no distinguen de ideología o "buenismos". Hay que tener la capacidad, la vigilancia epistemológica, para condicionar dicha "ofensiva" sobre dos distinciones claves:

- La distinción entre el "núcleo duro" que puja por la inserción de la práctica social fascista y la sociedad "permeada" en un momento y lugar determinados.
- La distinción entre los cuerpos que componen dicho movimiento y la cosmovisión en disputa, entendiendo la relevancia del frente contra esta última, en tanto es esta la "verdadera batalla".

Reconociendo sus problemáticas limitaciones, hay un espacio necesario para la intervención instrumental del fascismo en tanto praxis política en este escenario. No solo para construir un diagnóstico más preciso de la organicidad y particularidad de la emergencia de las nuevas formas de violencia política, sino también para enfrentar quirúrgicamente su matriz y disputar la reconstrucción de un consenso "anti-fascista" con la sociedad en la cual está permeando, que otrora entendió esta práctica como un límite intraspasable.

3. Transición hacia una heterogeneidad de homogeneidades.

La particularidad que atañe al fenómeno de Milei en Argentina, y que se distingue esencialmente de las experiencias tipificadas del fascismo italiano y el nazismo alemán, tiene que ver con la incomodidad que genera tratar de "fascista" a un profeta del más dogmático neoliberalismo. Como se presentó antes, la propuesta de este trabajo se inscribe en la ruptura con la visión monolítica corporativista del fascismo, donde sin un estado totalizador e interventor de la economía y sin la consolidación de un lazo social

comunitario en términos tradicionales, encontramos una matriz común en el conjunto de sus prácticas sociales.

Esto es, fundamentalmente, porque la sociedad actual se inscribe en otro momento de la modernidad, en el que la dinámica de ese lazo social que la sostenía, se ha desintegrado y circunscripto a nuevas formas de interacción y relación, más próximas y privadas con la cercana periferia, pero con un abismo de distancia de cualquier otro grupo. Ese momento de ruptura que se describe en el diálogo Jameson-Fisher sobre posmodernidad y realismo capitalista, y que ha definido el marco conceptual de las ciencias sociales desde finales de los ’70 en adelante, es el basamento estructural del postulado teórico de este trabajo. La modernidad, en su génesis, se inscribió en una ontología de una homogeneidad heterogénea, donde la multidimensionalidad de lo social se desplegó sobre los cuerpos con un piso común de principios, conceptos y valores, en torno a los procesos homogeneizantes de la socialización en las comunidades; y fue transicionando, con un punto de quiebre paradigmático entre los ’70 y los ’80, hacia una heterogeneidad de homogeneidades; en el cual se circunscribe la coyuntura socio-política de este trabajo (HomHet - Het>Hom).

Bajando a tierra, veamos un caso paradigmático de este quiebre ontológico: la disciplinariedad de la ciencia. La modernidad vio un florecer de dimensiones de expansión de la ciencia, en orden más novedoso hacia las ciencias políticas y sociales modernas, pero también una progresividad e innovación de las ciencias exactas y naturales. El fenotipo científico era un sujeto de una acomodada burguesía que investigaba y producía teoría sobre una multiplicidad de áreas, y su cosmovisión de la ciencia era irreductiblemente interdisciplinaria: un biólogo-físico-filósofo-médico-etceterólogo. Hoy en día, la sistematización y acumulación del conocimiento, su alta densidad (entre otras variables), ha permitido la profundización en las diferentes disciplinas, habilitando el estudio de fenómenos más complejos y específicos, con un alto grado de detalle. Estamos antes una sobre-especialización de las disciplinas científicas, donde hoy en día es difícil salir a la calle y cruzarse un biólogo a secas; uno si tiene, paradójicamente, más posibilidades de cruzarse a una tecno-bióloga especializada en la citogenética de las ranas *lithobates* en el sur de Brasil.

Partiendo de la perspectiva ontológica que construye esta sistematización de lo social, sería un acto de alta inocencia inferir que el orden de la misma devino fortuitamente de la conjugación consensuada de las fuerzas sociales, desplegando sus técnicas, saberes y qué-haceres en la eterna multiplicidad de dimensiones en las que se desempeñan. No es más que el resultado de la evolución del sistema productivo, social, ideológico y global del capitalismo, y como los actores en él, no consensuadamente, sino en permanente disputa, han tensionado y direccionado este

devenir, en el cual la derrota, no ya del socialismo real, sino de la mera posibilidad de pensar en él como una opción viable, han marcado un verdadero “Fin de la historia”, y la construcción de una hegemonía sin fisuras y autorreproducible de esta cosmovisión imperante.

La sobrespecialización, enmarcada en esta tendencia (y ya consolidada) heterogeneidad de homogeneidades, ha cumplido un rol instrumental y ambiental para la reproducción de las condiciones de este sistema bajo su forma más eficiente e integral. ¿Cómo? Acentuando los procesos de alienación y achicando los límites de lo Real. Un factor tan material como la alta densidad demográfica lograda en las urbes modernas ha sido el suelo fértil para la germinación de burbujas sociales, que cuanto más se profundizan en su propia dinámica, más se especializan, más se agudizan en la homogeneidad particular dentro del amplio y divergente océano de heterogeneidades, más se percibe lo Real como la realidad, y sus límites como todo aquello que es cognoscible por la experiencia propia y la de los pares con que uno se vincula. Es muy paradójico el fundamento epistemológico en el que se asienta esta normalización de la socialización sectorial simulando un “todo”: en el epítome del proceso de globalización y momento de más fácil acceso al mercado de comunicaciones y culturas, el único “universo” que importa, que podemos percibir y con el que podemos interactuar, y al que pensamos como el único existente, es aquel que ya habitamos y que nos rodea.

Más que pararse en las causalidades de este proceso, por una cuestión de objetivos, vamos a enfocarnos en las maneras en que se instrumenta este proceso de secularización de las homogeneidades, cada vez más profundas y cada vez más alejadas entre sí, para entender cómo se articulan estas dinámicas en las falencias del sistema gubernamental actual para dar respuesta a la sociedad civil, y como esos vacíos le quedan muy cómodos al emergente fascismo. Un punto de inflexión tiene que ver con el desarrollo meta de las homogeneidades. Para poder profundizar en la construcción de conocimiento adentro de la propia burbuja, se requiere especificar y construir capas de conocimiento acumulado y codificado, conformado un *habitus* específico y diferenciado. Uno de los ejemplos más claros, y que agudizan esta ruptura de la comunicación adentro de la sociedad civil entre las distintas homogeneidades, es la construcción de un metalenguaje: un idioma con una codificación propia que permite romper con los límites del conocimiento superficial cognoscible para esa primera homogeneidad heterogénea, compilando capas de abstracción para lograr teorías, hipótesis y contrastaciones cada vez más complejas. Por eso referimos al caso paradigmático de la disciplinariedad en la ciencia; es el ejemplo más conceptualmente próximo a la sistematización teórica que aquí se plantea. El lenguaje científico particular a una disciplina rara vez es aplicable a otra y, en caso de compartir palabras, los

sentidos son muy probablemente disímiles. Esto permite construir vasto conocimiento sobre la citogenética de las ranas *lithobates* en el sur de Brasil, pero dificulta la comunicación entre la tecno-bióloga y ya no un físico o une filósofe, sino probablemente también con otro biólogo especializado en otro organismo distinto desde una perspectiva alternativa. Y ni que hablar de las trabas que genera a la comunicación entre el ámbito científico disciplinar tradicional y el resto de la sociedad.

En los procesos de profesionalización del Estado, dentro de este postulado "en el proceso de sobrespecialización del aparato estatal", la construcción de un lenguaje técnico ha sido instrumental en el proceso de racionalización y modernización del aparato burocrático, pero también no ha hecho más que ampliar la brecha comunicativa entre el Estado y la Sociedad. El problema con esta brecha es que presenta como "dado", "profesionalizado", "contrastado" y "lógico" expresiones de lo Real, que tras bastidores son infinitamente más endebles y esotéricas, y la historia así se ha cansado de probarlo. El caso ejemplar se haya en la economía. Ha logrado permear en el sentido común que la economía es una ciencia exacta y objetiva; y no una disciplina social, con análisis y políticas propias del conductismo y una instrumentalización en la micro o como una de las posibles fuentes de información en la macro, recién ahí, numerologizada por la econometría.

Los actores se presentan en el universo económico con una racionalidad inhumana y un conocimiento total de la disciplina antes de la toma de cualquier decisión y reacción. Seres omniscientes y trascendidos con el máximo nivel de cálculo, pero sin las consecuencias de sus recorridos históricos plagados de fracasos. Refiriéndose al período histórico del *menemato* y la crisis del 2001, Aronskind dice:

> "Conjuntamente con los desenvolvimientos económicos y políticos, y como parte de la constitución de un nuevo sentido común neoliberal, se fue produciendo -no solo en Argentina- una jerarquización de la economía dentro de los conocimientos "importantes", y en especial, la entronización de los economistas como profesionales de un saber al mismo tiempo inaccesible y supremo. (…) Este proceso de alienación colectiva en relación con los fenómenos económicos fue en paralelo a la construcción de la imagen de los economistas (…) como expertos de lenguaje abstruso, que manejan números surgidos de fuentes recónditas y que cuenta con un saber no comunicable a los no especializados en el tema." (Aronskind, 2007, pp. 49 - 51)

El caso particular del IRP (Índice Riesgo País), un índice financiero extremadamente manipulable que nada tiene que ver con el desarrollo productivo o el crecimiento de una economía, es ejemplar de este momento. Sin el profundo proceso de heterogeneización de homogeneidades, que generaba una distancia inabarcable entre ellas, no se podría

haber cristalizado una sacralización de la economía y la centralidad del IRP en el debate público y de la dirigencia política como se dio en el tiempo histórico (ejemplarmente desintegrador de lo social) que fueron los ’90:

> “(…) el IRP gozaba de un prestigio similar al de un conjunto de “saberes” económicos, incomprensible para el grueso de la opinión pública pero aceptados como parte de las “ciencias exactas”. (…) El dato, frío, objetivo, marcaba el veredicto del mundo “serio” sobre un pueblo poco confiable, que no se sabía autogobernar, que cometía errores y no podía salir de ellos.” (Aronskind, 2007, pp. 86)

Es aquí donde hacen encuentro la cosmovisión sin futuro del “realismo capitalista” y el uso instrumental del metalenguaje tecnocrático. El capitalismo ya no disputa una perspectiva de futuro con otras alternativas de realidad, ha ido un paso más allá, no requiere plantear alternativas y, en tanto tal, tampoco futuro; es tan solo la expresión objetiva de lo Real en el presente. Su máxima meta cumplida ha sido tapiar las perspectivas alternativas a lo Real, reduciendo toda práctica social a un mejor ejercicio administrativo de la realidad: nuevamente; ya no se trata de que no se puede materialmente, en un momento y lugar determinados, cambiar el “mundo”, sino de que no es siquiera posible imaginarlo. Se ha imposibilitado el ejercicio de la proyección alternativa, y en esto, que es la gran victoria de este sistema, se puede observar su principal punto de fuga y la base del estado perpetuo de crisis social consolidado en el que transitamos[3].

Al calor de las llamas en Plaza de mayo y el ruido de helicópteros correligionarios marchando hacia el horizonte, Silvia Bleichmar diagnostica a la sociedad argentina con una actualidad obscena, lo cual no hace más que fundamentar lo crónico del problema de desintegración del lazo social que vivimos[4]. Hoy día, así como en el 2001:

> “(…) gran parte de los argentinos parecen haber pasado de la desesperación a la desesperanza (…) la desesperación puede perfectamente conducir a la esperanza, mientras que la desesperanza es la convicción dramática de que el futuro no tiene nada para ofrecer (…)” (Bleichmar, 2002, pp. 23)

Un rasgo estructural de la sociedad poroseada por la ontología de la heterogeneidad de homogeneidades es la cronicidad de la desesperanza. Casi sin quererlo, Fischer

---

[3] “Nos han habituado en los últimos tiempos a la propuesta de pensar desde un reduccionismo financiero a partir del cual parecería que todo lo que es del orden de la aspiración social, de los sueños y deseos colectivos por un futuro mejor, es pura imaginería carente de principio de realidad. Es acá donde se opera el mayor despojo padecido: no ya el de los proyectos, sino el del derecho a soñar con una prospectiva distinta en la cual no se trate solo de perder sino de permitirse aspirar a más.” (Bleichmar, 2002, pp. 45)

[4] Dubet, F. (2021). *La época de las pasiones tristes.* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

parafrasea a Bleichmar y articula esta comparativa binómica con el proceso de atomización social:

"(…) mientras la tristeza se autorreconoce como un estado de cosas temporario y contingente, la depresión se presenta como necesaria e interminable (…) Existe una clara relación entre el "realismo" aparente del depresivo, con sus expectativas tremendamente bajas, y el realismo capitalista. Pero esta depresión no toma forma colectiva: por el contrario, consiste en la descomposición de la colectividad en nuevas formas de atomización." (Fischer, 2016, pp. 130)

La idea de retomar un Fischer del viejo continente en 2016 y una visionaria Bleichmar local en el 2002 es poder recalcar la globalidad del fenómeno ontológico que nos acaece en este período concreto de la modernidad, del realismo capitalista, de la tecnocrática desesperanza y, nuevamente, su cronicidad.

Retomando el problema de la tecnocratización economicista de la discusión política, hay un evento que me resultó, como mínimo, curioso en el contexto de las discusiones sobre cómo administrar el irresponsable endeudamiento de 2018 con el FMI, que el gobierno del Frente de Todos heredó de la gestión Macri. Previo a cualquier tipo de perspectiva electoral, Juan Grabois circuló por todo espacio de difusión pública y reunión clamando la necesaria suspensión del acuerdo "draconiano" con el Fondo Monetario Internacional, generando, no en una exclusivamente reactiva por antagonización oposición, sino en el propio seno de los cuadros técnicos del "justicialista" oficialismo, un enorme sopor y rechazo. La crítica "racional" a la irresponsabilidad e inconsciencia del dirigente social se aletargó durante más de un año, con cuadros de esta autorizada tecnocracia, como el periodista de política económica Iván Schargrodsky, tomándolo de recurso habitual. "Simplemente, no es posible": las resoluciones a un acuerdo espurio y de la más alta excepcionalidad, violando los propios estatutos del organismo financiero internacional, solo pueden encontrarse dentro de los límites de lo Real, límites definidos en una hegemonía consolidada por actores carentes de cualquier tipo de "inocencia" en el qué-hacer de la praxis imperialista, inscripta en la teoría de la dependencia económica.

Y, sin embargo, cuando Emmanuel Álvarez Agis, consolidado economista de la heterodoxia argentina y exviceministro de economía del kirchnerismo tardío, clamó en marzo de 2023 que probablemente veía una opción más que viable, y probablemente necesaria, incumplir el acuerdo con el FMI, el abroche de todo el arco dirigencial y periodístico "racionalista", que había desdeñado la actitud "troskista" de Grabois, fue casi inmediato. El mismo Schargrodsky, como si no hubiese hecho primera plana de polarizar con el dirigente social durante un año entero esgrimiéndole su infantil inocencia, aparecía ahora a cara lavada planteando como una plena novedad sin

precedentes la suspensión del acuerdo. La voz autorizada del aparato tecnocrático había logrado inscribir dentro de los límites de lo Real, lo que la irresponsabilidad utopista y no instruida de los movimientos sociales ya militaba hacía meses. El "pragmatismo" ha mutado de una metodología de acción y análisis racional y holística, a una etiqueta para sacralizar y volver indiscutible la aplicación de políticas altamente regresivas para el campo popular, en tanto sacrificios por el "bien mayor".

Habiendo contextualizado en el marco teórico de la heterogeneidad de homogeneidades la dinámica por la cual el Estado se distancia cada vez más de la Sociedad, construyendo no solo objetivos antagonizados, sino un *habitus* propio ya casi de una especie distinta (que podríamos nominar "*Homo Politicus Pragmaticus*") y consolidando crónicamente falencias, agujeros en el tejido de lo social: una alta porosidad, que de una manera u otra será permeada; trataré de desarrollar el problema epistemológico fundamental en este proceso de sectorización ontológica: la monocausalidad o causalidad sectorial.

Creo que ambos conceptos encauzan muy bien la definición que se trata de expresar, pero funcionan mejor complementariamente. Por el rigor de intentar desenhebrar oraciones con infinitas jerarquías semánticas y una abrumadora cantidad de comas, será mencionado exclusivamente como "monocausalidad". Como única aclaración, la complementariedad que aporta la "causalidad sectorial" es que la explicación de un fenómeno no tiene poque darse por un motivo, sino que puede darse por una serie de motivos, pero inscriptos en una única perspectiva sectorial cerrada.

La monocausalidad refiere a que, en el marco de la heterogeneidad de homogeneidades, la incomprensión de perspectivas ajenas a la propia burbuja y la clausura a entender la realidad exclusivamente dentro de los límites de lo Real de nuestra homogeneidad, han devenido en la explicación monocausal de los fenómenos. La monocausalidad es seguida, en orden lógico, por la monosolución: la idea de que a un fenómeno que se lo explica de una sola forma, se lo soluciona también de una sola forma, e inscripta esta última en la dimensionalidad de la causal.

Partiendo de una homogeneidad heterogénea (HomHet) que transiciona hacia una heterogeneidad de homogeneidades (Het>Hom), la sobre-especialización tiende a una explicación de los fenómenos monocausalmente. "El fenómeno como tal se entiende por la porción de universo que estudio": este error epistemológico posee dos instancias: concebir mi porción de universo como la totalidad del mismo donde se desarrollan los fenómenos y, en tanto tal, las causalidades y consecuencias del mismo como exclusivas a él. "Milei permea en la sociedad porque el complejo oligopólico de medios alimentó su imagen"; "Nuestro consumo irónico de Maslatón generó el ascenso de los libertarios".

El problema en la reconstrucción de causas de un fenómeno no se encuentra exclusivamente en la monocausalidad; sino también en la incapacidad de entender cómo se articulan las múltiples causas entre sí, dado que funcionan bajo jerarquías, momentos y espacios distintos; y, por lo tanto, no tienen la misma incidencia y, a su vez, los respectivos niveles de incidencia no son siempre los mismos.

Esto a su vez se retroalimenta con que si la solución es también única ha de ser siempre la primera dentro del marco de acción de lo Real en nuestra homogeneidad; ergo la solución más superficial y obvia posible. La sectorización ha hecho que el diálogo interdisciplinar se vuelva, en tanto extremadamente necesario, en igual forma inviable de llevar a cabo. El diálogo entre homogeneidades es inviable por la sectarización de los análisis y los dispositivos comunicacionales. Sectarización entendida como la caracterización negativa de la sectorización: implica una "incapacidad de" para el afuera, más allá de la definición intrínseca de especialización dada por el "sector".

Entonces, lo que se deduce es que el proceso de sectarización ha producido una incapacidad de entender la multicausalidad de los fenómenos, la interdisciplinariedad requerida para encararlos y, no menos importante, la capacidad de historizar tanto causalidades como soluciones, siendo esta la herramienta esencial del enfrentamiento holístico de los fenómenos. Porque ha progresado en paralelo un proceso deshistorizante de la realidad, y si este postulado se enmarca en el materialismo histórico, este proceso ha sido de una pérdida de memoria de las luchas precedentes. Lo que bien caracterizó Malena Silveyra como la ruptura de la lucha-lucha'[5]. Una operación directa sobre los cuerpos sociales que comprenden los procesos de lucha y movilización de las clases subalternas, donde el caso argentino encontró, en el marco de un fenómeno global atomizante, el suelo fértil para llevar a cabo uno de los procesos de ruptura del lazo social en el conjunto de la sociedad más efectivos de su historia. Con esto referimos a las repercusiones que tuvieron en la sociedad el campo concentracionario y el estado de excepción represivo durante el último proceso dictatorial en nuestro país[6].

Nuevamente, quiero focalizar en este punto en concreto sobre la transición hacia esta ontología de una heterogeneidad de homogeneidades: su génesis en el caso argentino. Si bien el resultado de un proceso de transformación del tejido social deviene del producto disputado y tensionado por las fuerzas sociales en pugna en un momento determinado, y por lo tanto es de muy difícil la predicción de su resultado final, no debe

---

[5] Silveyra, M. (2018). *Aproximaciones al concepto de genocidio desde una perspectiva marxista. Aportes para comprender el caso argentino.*

[6] Feierstein, D. (2007). El *genocidio como práctica social.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.

caber ningún tipo de duda respecto de la intencionalidad de la fuerza social constituida por la particular alianza de los sectores dominantes de la sociedad argentina: “el régimen buscaba destruir las solidaridades del campo popular” (Izaguirre, 1994, pp. 30.)

El nivel de desintegración del lazo social, que entendemos así relativo a un tiempo pasado de la modernidad, acaeció no por mera erraticidad en el devenir de los fenómenos sociohistóricos, sino por la búsqueda activa de una clase por la dominación (a nivel colectivo) y docilidad (a nivel de los cuerpos) del compendio heterogéneo, pero con un alto grado de cohesión y unidad en la acción, de las clases subalternas, que hasta ese momento habían logrado, con victorias y fracasos, plantar un límite claro a los reformas regresivas (económica y socialmente), y una total obstaculización a la resolución del empate hegemónico vivido desde el ’55 en nuestro país[7]. Diría Inés Izaguirre:

> “(…) los objetivos desarrollados por dicha dictadura, como un proceso de rupturas de relaciones sociales (…) me permite reflexionar sobre la especificidad de las consecuencias en los ámbitos económico, político, de la estructura de clases e inclusive sobre algunos grupos específicos como los intelectuales, de semejante proceso. Asimismo, me parece importante destacar que tales procesos no deben ser vistos sólo en su aspecto de destrucción de relaciones sino como rearticuladores de nuevos vínculos sociales, que responden básicamente a los intereses de la fuerza triunfante.” (Izaguirre, 1994, pp. 36)

En esos vacíos, en esas rupturas, en esos intentos de reinterpretación de la memoria de lucha histórica, en tanto aproximaciones y no continuidades, con recuperaciones parciales convenidas, muy frecuentemente, sobre esta sociedad rearticulada y porosa, donde las necesidades no han hecho más que acrecentarse, al mismo tiempo que se atomizan las demandas, es que se filtra cómodamente la práctica social fascista. No por azar: la geografía sobre la que se despliega fue erosionada a punto y medida de su talle. La propuesta de reintegración del lazo social y de ruptura de la sectarización metodológica (de las luchas, pero de lo social en general) es contracorriente. La disputa de sentido contra una hegemonía consolidada se encuentra en todos los niveles de la interacción social. Se ha logrado romper con los principios elementales de la humanización, intoxicando y reformando completamente los procesos de socialización primaria.

La particularidad de observar el desempeño del fascismo como práctica social, tiene que ver con la incomodidad que genera observar las técnicas y herramientas tradicionales del progresismo bajo objetivos antagónicos, como pueden ser las

[7] Villareal, J. (1985). *Los hilos sociales del poder.* Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

movilizaciones para recortar derechos, y es que el fascismo no busca paralizar, sino movilizar a la población: hay una apropiación de la movilización popular y la construcción de un marco de esperanzas ante el relegamiento del progresismo a la discusión sobre correlación de fuerzas y administración de la realidad.

El pragmatismo no es sino la *comodity* más vendible y de primer acceso de las propuestas de sentido que han relegado las luchas de las causas progresistas y generado estos vacíos: el proceso de alta heterogeneización ha habilitado la banalización de la crueldad, al punto tal que se volvió axioma en aquellos que izan las banderas (pero no la historia) de los movimientos populares y sus conquistas[8]. Tal vez la mayor conquista de este proceso regresivo haya sido que la dirigencia política y la aspiración militante se inscriban, no en una práctica sádica del ejercicio del poder, sino en una estricta "banalización del mal"[9]:

> "No hay en el que actúa necesariamente un deseo de destrucción, agresividad, sadismo, crueldad, como formas subjetivas del placer. Simplemente hay una falla en la capacidad de reconocer la significación de la acción (…) La banalidad del mal es la indiferencia, la posibilidad de ejercicio de una acción de destrucción sin la menor compasión porque la víctima ha dejado de ser nuestro semejante. Y eso es lo que se intentó producir en la Argentina de los últimos diez años: la convicción de que no había otro camino que tirar al río a la mitad de la población, para que se salvaran los que lograban sobrevivir." (Bleichmar, 2002, pp.15-18)

Esa distancia con el semejante se da en el marco de separación de las burbujas de socialización homogéneas hacia adentro, extremadamente heterogéneas e incomunicadas entre sí.

4. La militancia: caracterización y perspectivas.

Si entendemos que este proceso afecta al conjunto de la sociedad, pero que los embates directos y materiales de las clases dominantes para instalar esta propuesta atomizadora y deshumanizante han tomado de punto preferido al sujeto social articulador de las movilizaciones populares y las luchas sociales: el militante; entonces tenemos que pensar, en primera instancia, la caracterización de la militancia en aras de las elecciones de octubre de 2023 en Argentina, y habiendo recientemente vivido los

[8] Sobre los procesos de indiferencia conducidos por el "pragmatismo" de la clase dirigencial y los medios de comunicación en los '90: Aronskind, R., (2007), *Riesgo país: la jerga financiera como mecanismo de poder.* Buenos Aires: Capital intelectual.

[9] Silvia Bleichmar recupera el concepto de banalización del mal de Arendt, H. (1999), *Eichmann en Jerusalén.* Barcelona: Lumen.

resultados de las PASO con Milei y La Libertad Avanza como primera fuerza, las perspectivas de reinvención y acción.

Hay una serie de paralelismos que se conjugan con respecto a los ’90 de la “pizza y el champagne”, que tienen que ver con un proceso inmediatamente anterior de vaciamiento de los espacios políticos de intervención colectiva, una perspectiva fatalista para el conjunto de la base social argentina en el total de sus dimensiones, una dirigencia política desgastada y completamente escindida de canalizar las demandas de sus bases y fracasando repetidamente en construir fieles representaciones sociales en el aparato estatal; una cosmovisión neoliberal, individualizante e inmediata de la ciudadanía, entre otras. Paradojal es que de la lucha a contracorriente y desde abajo que se consolidó en esta década, que vio el surgir de procesos políticos de intervención y discusión de base plurales y autónomos, la memoria que arribó a nuestro presente no fue la de “Piquete y cacerola, la lucha es una sola”, que tiró abajo al gobierno sepulturero social de De la Rúa, sino una reinstalación demagógica de la consigna “Que se vayan todos”. Como se explicó antes, devino de una operación de reapropiación por parte de la nueva oleada fascista de las consignas, herramientas y luchas del progresismo, que en su desmovilización y cesión de espacios dejó la vacancia a quienes tenían mejores disposiciones ontológicas para suplirla y plaga el ambiente de un olor a secuela abaratada y destinada al fracaso. Igualmente, este vacío no se generó por mera apatía, sino con la intencionalidad política de una memoria selectiva que permitió consolidar al kirchnerismo como un movimiento ajeno a su propia génesis de conflicto social, y lograr el conciliador estigma de orden y consenso que ocultó, por estratégico interés, las luchas de base de los ‘80 y los ’90 que lo antecedieron. Los hijos del 2001 que nunca se reconocieron como tal.

En nuestro escenario particular abre la posibilidad al más radical y aterrador de los futuros, con una inserción de la violencia como práctica habitual, ya no exclusivamente delegada y centralizada en el aparato estatal, sino en la disputa entre individuos, donde la cristalización del proceso de heterogeneización de homogeneidades se realiza como tal cuando los sujetos de una sociedad proceden a la aniquilación mutua, sin la necesidad de interceder de una fuerza totalizadora de las formas de violencia, y con un status ya caracterizado como tal. El enemigo se difumina y la represión de multiplica instrumentalizada sobre la totalidad de los cuerpos de la sociedad.

En este sentido la militancia ha ido migrando sus perspectivas desde una matriz de intervención y cambio de la realidad, hacia una que solo busca administrarla. En un proceso de racionalización de la burocracia estatal, la militancia tomó posicionamiento en ese distanciamiento entre el Estado y la Sociedad, y configuró sus metas, no en la transformación y superación de los límites de la realidad, sino en el delimitado juego

tecnocrático y deshumanizante de lo Real. El aspiracionismo de la militancia, constituida en su base más enérgica, vanguardista y renovadora por la juventud[10] reformó su ideal aspiracional, otrora de perspectiva revolucionaria y esperanzadamente utópico, y que ahora no es más que un deseo fetichizado de consolidarse en algún cargo funcionario de segunda línea, donde pueda algún día administrar de saco y corbata, y a espaldas de la sociedad, la miseria de su pueblo. Una militancia con un virus endémico, una enfermedad crónica: un síndrome de "tercer concejal suplente".

La matriz atomizada de las unidades básicas hoy día configura la misma disposicionalidad escalonada de una empresa fintech promedio, prometiendo un futuro en la carrera política, con el único costo de dejar la marca de la suela en las cabezas de les compañeres y los ideales relegados a elocuentes pies de foto en Instagram. Hay una relación muy particular con el poder (en tanto dimensión institucional), la líbido y esta joven generación militante. El deseo no pulsiona anímicamente la ruptura con el posibilismo, sino que ahora se encuentra en el convencimiento tajante y soberbio de que "no hay ninguna otra forma" más que doblegarse a una militancia acrítica, burocratizada y vacía de cualquier tipo de representatividad real. Hay una satisfacción en el altanerismo de la nueva tecnocracia, que impide primeramente el reconocimiento de los malos diagnósticos y las erradas políticas, pero que sobre todo canaliza el éxtasis en una práctica masturbatoria sin culpa de la "realpolitik": individual, efímera, insatisfactoria y fetichizante de errados objetos de deseo (metas).

No hay lugar más concreto para ver la exitosa realización del proceso atomizante y desintegrador del lazo social de la última dictadura y la imperante cosmovisión neoliberal que en la actual militancia de los más importantes partidos políticos del país, y sobre todo de aquellos que mantienen enarboladas bien en alto las banderas del justicialismo[11]. Después de un pico en la movilización popular generalizada y transversal en 2018 con el Ni Una Menos; contextualizada en los años previos de resistencia al macrismo del amplio arco de los espacios sindicales, pero particularmente del bastión que logró la lucha estudiantil con masivas movilizaciones e inserción en el debate público; el vaciamiento de los espacios colectivos de intervención política ha devenido en un proceso de exponencial aumento. La oposición es un lugar muy cómodo para dar batalla por las causas progresistas, pero si no se logra cristalizar en un movimiento de base con la suficiente autonomía, resistencia y capacidad crítica, queda a merced de

[10] "(…) juventud no remite a una simple cuestión cronológica (…) alude inevitablemente a la posibilidad de goce y futuro." (Bleichmar, 2002, pp. 39-40)
[11] "La presencia masiva de jóvenes y estudiantes universitarios entre la población aniquilada remite a un campo de reflexión directamente relacionado con la interrupción de los procesos de aprendizaje y de cambio social." (Izaguirre, 1994, pp. 25)

ceder espacios en pos de una salida institucional en manos de un gobierno más "ameno". Es institucionalmente que se da la apropiación de estas luchas y sus cuadros o referentes.

Si para colmo este tipo de gobierno fracasa en cumplir con sus metas, ya ni siquiera electorales, sino espiritualmente axiomáticas del movimiento que "representan", la crisis que procede no puede ser menos que un "1 a 1" con el tercer mandato de Perón e Isabelita, donde la vanguardia de la resistencia popular se vio asimilada en un gobierno de transición y desarticulada de raíz en su militancia territorial y transmutada la capacidad de acción de su dirigencia sindical, incapaz de satisfacer tanto a su base como al gobierno. Con el matiz de que lo que era en su momento una transición hacia una ontología de heterogeneidad de homogeneidades, actualmente ya se estableció como el marco social imperante.

Hay mucho para hablar sobre la aplicación de políticas universales contra políticas focalizadas[12], que calzan óptimamente con este marco teórico, pero quedará para futuras instancias más ambiciosas. Me interesa pensar en un evento reciente de alta carga simbólica, donde, por el alto nivel de sobrerrepresentación del marco progresista nacional, las ideas que comprenden a este trabajo encuentran puerto material de una forma única y tipificada: la asamblea estudiantil ocurrida post PASO en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Para empezar a dibujar el escenario, la asamblea a la que asistieron más de 300 estudiantes ante la efervescencia que generó el resultado de las elecciones, e implicó una vuelta de tuerca en las instancias de este tipo en los últimos años, fue convocada por la casi completa totalidad de las agrupaciones políticas de la facultad, con la notable excepción de la conducción misma del centro de estudiantes: la UES.

La agrupación posee una génesis inscripta en las tendencias revolucionarias de la juventud peronista y tiene sellada a marca de fuego y sangre la última dictadura militar en Argentina, que se cobró las vidas de muchos de sus militantes. Hoy, el *leitmotiv* revolucionario fue relegado por un eficiente desempeño como aparato de gestión de fotocopias y kioskos estudiantiles, vaciado de los espacios de intervención y movilización de la comunidad estudiantil. En un contexto donde se produjo una tregua tácita inédita entre las agrupaciones troskistas, peronistas, de izquierda popular, y toda la amalgama de colores en el medio, entendiendo la urgencia del contexto electoral inmediato que augura el ascenso y la legitimación desde el aparato estatal del fascismo en el caso de la victoria efectiva de Milei, la conducción del centro de estudiantes eligió

[12] Gasparini, L., Garganta, S. (2012) *El impacto de un programa social sobre la informalidad laboral: el caso de la AUH en Argentina*. CEDLAS Nº 133.

deslegitimar la asamblea caracterizándola de “reunión” y negando cualquier consenso de acción y declaración que se haya dirimido en la instancia. Sin embargo, lo que resulta más rico en contenido para analizar del evento, no es la posición descontextualizada e irresponsable de una agrupación política que hoy en día funciona como mero gestor de políticas clientelistas, y lo hace con exitosos resultados, sino las posiciones de las agrupaciones “activamente movilizadas” que concurrieron a la asamblea. La UES, en tanto actor de gestión burocrático e institución administrativa, carece completamente de las dinámicas que imprimen contenido e intervención políticas, sea cual fuere el espectro. Es un ente totalmente homogeneizado a su propio ambiente, en tanto la externalidad de la facultad es un universo que no le compete, y ya no requieren siquiera de la discursividad política protocolar para construir narrativa.

Durante la asamblea existió un intento subliminal pactado de antemano entre algunas de las organizaciones para tratar de no “sectarizar” la instancia, entendiendo que más allá de la intención de voto, el común denominador al que debía arribar la asamblea era la reactivación de los espacios de movilización e intervención política, y el recupero de la enorme masa estudiantil indiferente en estos espacios, que se vio nuevamente movilizada con una gran efervescencia con el resultado de las elecciones, y la presentación concreta y material de un futuro fascista que en otro momento pareciese distópico, y hoy en día se presenta como la más probable definición en las elecciones. Un intento de que prime el tacticismo más “pragmático”, en el más correcto de sus sentidos.

La sobrerrepresentación del progresismo partidizado en la facultad, hace que la disputa estrictamente electoral se dé entre el voto a la izquierda troskista, con la boleta de Myriam Bregman, que juntó entre la suma de internas de su frente un 2,61% de los votos, y a quien si se le transfiriesen los votos periféricos del espectro ideológico, consolida aproximadamente un 3,5%; contra la propuesta del peronismo hegemónico (actual oficialismo) que encumbrado bajo la figura de Sergio Massa, el candidato más conservador que ha tenido la fuerza política desde la reelección de Menem, sacó el 27,28% de los votos como frente, sumándoles los que le aportó la interna con el candidato de la izquierda popular y los movimientos sociales de la tendencia cooperativista, Juan Grabois, quien acaudaló el 22% de los votos totales de Unión por la Patria, en una crítica abierta al plan de gobierno propuesto por la hegemonía del espacio justicialista.

Después de las elecciones, el discurso ya de por sí punitivista de Patria Bullrich, representante de la segunda fuerza en términos electorales y también en el marco de representaciones de la ultraderecha argentina, no hizo más que acrecentarse a niveles completamente perjudiciales para la integridad democrática, promoviendo la total

aniquilación de su antagonismo político de los últimos años, el kirchnerismo. Menciono esto para hacer una caracterización lo más objetiva posible del escenario electoral y tratar de entender y asimilar las probables resoluciones en la disputa presidencial: los partidos inscriptos en una variopinta ultraderecha, promoviendo la aniquilación material de sus adversarios políticos, la implementación radical y completamente regresiva de políticas, económicas, laborales y sociales, entre tantas otras disruptividades de carácter conservador, y donde podríamos inscribir a la candidata, espacialmente centrista, Patricia Bullrich, a Javier Milei, y los votos juntados por las organizaciones más marginales de ultraderecha, representan en total cerca del 60% del caudal electoral de las PASO.

Teniendo en cuenta este escenario, la victoria del troskismo está completamente descartada y, a menos que obre un milagro de magnitudes sin precedentes, también lo está la de Massa al frente de Unión por la Patria. Incluso si el ex intendente de Tigre llegase a dar vuelta el resultado y se sentase en el Sillón de Rivadavia, ya sea por la tensión de la restricción externa por la monumental deuda heredada con el FMI, entre otros acreedores, como por la propuesta conservadora, no exclusiva suya, sino del arco casi completo de asientos legislativos de los próximos 4 años, lo último que caracterizaría a sus políticas sería una promoción de avances en materias de derechos sociales y defensa del aparato público estatal, entre los que se encuentra la educación pública y gratuita en que se sitúa la Universidad de Buenos Aires, y por propiedad transitiva, la Facultad de Ciencias Sociales.

Esto quiere decir en conclusión que, sin importar el escenario, ya sea el estrictamente fascista y más probable de todos, o el extraordinario caso en que Unión por la Patria gane y esto implique también, sin la caracterización fatalista y de aniquilación, un retroceso y un embate contra la educación pública y su defensa irrestrictamente política y movilizada; lo último que importa para el ámbito del movimiento militante estudiantil de una facultad pública es el resultado de las elecciones. Porque no importa cuál sea el escenario, si no se logra cristalizar esa efervescencia innovadora donde otrora había apatía, y consolidar una reactivación de la movilización estudiantil y retroceder el ciclo de vaciamiento de los espacios colectivos de intervención política, la realidad, no hasta octubre sino los próximos 4 años, nos va a encontrar de bruces y rendidos.

Paradójicamente, este diagnóstico resulta en que la resolución más pragmática posible para la instancia de esta asamblea fuese la unificación común de medidas de movilización y activación del centro de estudiantes, siendo este el rol más influyente que puede jugar la facultad para la defensa de sus derechos, ya que esto definirá las capacidades de resistencia de la trinchera a levantar, sin importar si el resultado

electoral planta del otro lado de la línea de fuego un tanque *panther* o un meticuloso carterista con un revólver a medio cargar. En este sentido, ver las posiciones orgullosas y altaneras de los representantes ideológicos del oficialismo gobernante en la facultad, clamando soberbiamente que la única acción posible para los estudiantes en este escenario es tomar la boleta de Massa, sin ningún tipo de propuesta de movilización y discusión de base para el centro en el que participan, y tratando de irresponsables (imberbes casi se les escapa de los labios) mientras se acomodan el blazer a las, cada vez más marginales y sectarias, agrupaciones de la tradicional izquierda troskista, y rompiendo así las posibilidades de un accionar conjunto que simulen un Frente Único Antifascista, en un contexto acuciantemente fatalista, demuestran el nivel de desarraigo con la lectura integral y holística del escenario político.

Esta inmersión total de la visión en un balde de agua que es percibido como la totalidad del océano, no es más que un ejemplo excepcional y paradigmático de la ontología de heterogeneidad de homogeneidades. Ante un escueto análisis monocausal se propone una salida sectorial, con la incapacidad de reunir la totalidad de los elementos que circunscriben e infieren en el fenómeno. A su vez, su *habitus* está completamente inscripto en la dinámica de la tecnocracia burocrática estatal, asimilado por el axioma posibilista y desmemoriado de los procesos de lucha históricos que inmediatamente preceden al momento actual, la desaprensión atemporal con la realidad social y política de su país está completamente determinada por una socialización primaria consolidada en un tejido social completamente desintegrado, atomizado y especializadamente homogeneizado. Como advirtiese Bleichmar:

> “No siendo la Universidad hoy un espacio devastado por el accionar represivo, corre sin embargo el riesgo de devenir una institución inoperante desde el punto de vista de formar inteligencia, intelectuales críticos, si cede sus objetivos más importantes a la eficacia de un saber tecnocrático.” (Bleichmar, 2002, pp. 36)

5. Conclusiones

Si bien este trabajo está signado por un sincero, pero no por ello menos fatalista y desesperanzador, diagnóstico; el plan de acción a futuro ha de enhebrarse en el mayor de los optimismos. Pensar en una delimitada hoja de ruta para vencer al fascismo en este escenario sería imprudente y, ante todo, inocente. Si podemos asimilar el momento que vivimos, las causalidades que lo comprenden y tratar de proponer inversiones a las aparentes falencias, y maneras de fertilizar la alta porosidad de la sociedad con algo más que prácticas sociales fascistas y tecnocracia posibilista, estaremos predispuestos a pensar este tiempo turbulento y de alta efervescencia social, como una ventana de

oportunidad para la recomposición del lazo social. Una alternativa a la sectarización modelada en la ontología de heterogeneidad de homogeneidades.

En primera instancia, no toda la militancia está inscripta en esta erraticidad dócil. Al calor del 2001 y la emergencia de los movimientos sociales y los excluidos como un actor central y cada vez más presente en la realidad argentina, se han ido produciendo movimientos, cada vez más fecundos, de lo que se conoce como izquierda popular. Un proyecto de construcción de país que recoge las experiencias de las oleadas progresistas del 2000 en el continente, y que entiende la operacionalización de las conquistas posibles gracias a la movilización social y la colectivización de los reclamos y las luchas. Desde abajo, y sin la pretensión verticalizada de dogmas de izquierda sobreilustrados e importados sin matices desde el viejo continente. Aprovechando y revindicando un marco de posibilidades gracias a la avanzada de derechos que se consolidó durante el kirchnerismo en nuestro país, pero renegando de la construcción acrítica y dócil de la militancia a un proyecto que no está sabiendo, y en su momento de mayor esplendor muchas veces no supo, corresponderse en tanto representaciones con su base social y sus demandas. Un proyecto integral e integrador, basista y cooperativista, latinoamericanista y humano, no relegado a la mera conducción operativo del cuerpo funcionario gubernamental de turno.

Humano; lo que se percibe en primera instancia como una consigna *new age* reciclada, es en realidad el eje central de disputa contra el proyecto ontológico de la heterogeneidad de homogeneidades. Correr la obsesión fetichista por el dinero del foco principal, y relegarlo nuevamente a su posición original instrumental como facilitador de las formas de intercambio. Esto implica comprender que la meta última no se encuentra en su acumulación, ejerciendo una ruptura con la lógica financiera y especulativa imperante, que promueve una lógica económica que genera ganancias de la timba sin promover una producción material y efectiva de capitales y valor. Se trata de romper con la mutación histórica sufrida en los últimos años que deja a cada sujeto despojado de un proyecto trascendente que posibilite, de algún modo, avizorar modos de disminución del malestar reinante. “Porque lo que lleva a los hombres a soportar la prima de malestar que cada época impone, es la garantía futura de que algún día cesará ese malestar, y en razón de ellos la felicidad será alcanzada.” (Bleichmar, 2002, pp.37).

Y en este sentido la juventud tiene un rol clave, no reducida a una cuestión cronológica, sino “aludiendo inevitablemente a la posibilidad de goce y futuro (…) Entre la conservación de lo insatisfactorio y el temor a perderlo porque nada augura su relevo por algo más fecundo o placentero, no hay postergación sino vacío, ya que tampoco hay garantías de que los tiempos que vienen se constituyan realmente en futuro” (Bleichmar, 2002, pp.40). La construcción de una perspectiva de futuro ha de tener la capacidad de

romper con la perspectiva ahistoricista y sectorial de causalidades y soluciones, y volver a ofrecer esperanza y dejar de vender lo Real. De aquella que los proyectos fascistoides de país están vendiendo, bajo falsas promesas, pero que ante ausencia de otros ofertantes quedan encolumnados en el único proyecto de cambio a un presente desgarrador. Seguimos sosteniendo el trauma de nuestras derrotas como una cruz en la espalda, y no como otrora fuese experiencia para la producción de mejores diagnósticos y poder encarar con mejor pie las luchas a futuro[13].

Debemos reactualizar las vinculaciones y alianzas con el semejante, actualizar y hacernos cargo de las discusiones que se dejaron de lado por mera terquedad en principios reificados y anacrónicos con nuestro presente, y que por ausencia supieron canalizar formas explícitas de la ultraderecha. Desectarizar las dinámicas en las que se encuadra la militancia y proveer proyectos de país concretos mejores y no por ello menos revolucionarios. La organización de base materialmente ha de articularse en pos de una disputa con el sentido de inmediatez autoconservativa a la que estamos relegados[14]. Desprenderse de todo orgullo y consolidar objetivos, comunes y programáticos, soberanos y progresistas. “Dado que hoy la izquierda no es la mejor banca de la ira, debería ser la de la responsabilidad y la esperanza” (Dubet, 2018, pp. 113).

Y para nuestra disciplina científica, la necesidad de abandonar la exclusividad de la claustrofobia sobreespecialista, entender el rol instrumental en pos de la profundización del conocimiento que posee, pero retornar bajo una estricta vigilancia epistemológica a la producción holística e integral de conocimiento y los estudios de los fenómenos sociales, recomponiendo y reescribiendo la tradición todologicista de antaño. No dejar de aprender de la historia, despojados de toda melancolía y con la arrogancia de quién es capaz de imaginar un futuro mejor y distinto. Pero sobre todo entender que la sociología, escindida de la intervención y la motorización imperante de transformar la realidad y sus adversidades, es estrictamente deshonesta con su genésis, tradición y metodologías constitutivas, y su futuro tan solo una bastardización funcional.

Juventud sin espíritu de rebeldía, es servidumbre precoz

---

[13] “Avergonzados por la derrota de la utopía, que constituye nuestro principal fracaso, hemos sido lanzados a un duelo patológico, en el cual nos rehusamos a reconocernos en nuestros orígenes y en las virtudes de nuestros padres teóricos (…) Hemos devenido “razonables”, pagamos demasiado caro el salto de la esperanza a la ilusión; se fracturó en muchos momentos la pata que nos sostenía en el principio de realidad (…) pero estaremos muertos antes de dar batalla sin renunciamos a la esperanza”. (Bleichmar, 2002, pp. 34-35)

[14] “(…) retorna el sentido que posibilita constituir un espacio para los jóvenes, en virtud de que se articulan significaciones que arrancan de la inmediatez autoconservativa a las cual parecería condenar la situación actual.” (Bleichmar, 2002, pp. 43)

6. Referencias

Arendt, H. (1999), *Eichmann en Jerusalén.*
Barcelona: Lumen.

Aronskind, R. (2007). *Riesgo país: la jerga financiera como mecanismo de poder.*
Buenos Aires: Capital intelectual.

Bleichmar, S. (2002). *Dolor País.*
Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Calvo, E., Aruguete, N. (2020). *Fake news, trolls y otros encantos.*
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Dubet, F. (2021). *La época de las pasiones tristes.*
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Feierstein, D. (2007). El *genocidio como práctica social.*
Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.

Feierstein, D. (2019). La construcción del *enano fascista.*
Buenos Aires: Capital Intelectual.

Fisher, M. (2022). *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?.*
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra.

Ingenieros, J. (2004). *Las fuerzas morales.*
Buenos Aires: Agebe.

Izaguirre, I. (1994). *Los desaparecidos: Recuperación de una identidad expropiada.*
Buenos Aires: CEAL.

Silveyra, M. (2018). *Aproximaciones al concepto de genocidio desde una perspectiva marxista. Aportes para comprender el caso argentino.*
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Revista Conflicto Social Vol 11 (FSOC-UBA)

Villareal, J. (1985). *Los hilos sociales del poder.*
Buenos Aires: Siglo XXI Editores.